

oficios y de las categorías a que, si fuera necesario, se incorporarían los soldados.

Preparándose así en los dos campos, llegó la noche.

La gran ciudad se sumió en angustioso entorpecimiento, que contrastaba con la ruidosa ebullición del día. Sólo se oía el paso de las patrullas que circulaban por las calles.

CAPITULO III

La declaración de huelga

El despertar de París el martes fué el de un paráltico. No sólo continuaba el entorpecimiento, sino que aumentaba con el día. No se había disipado el silencio con la luz: de la calle no subía el acostumbrado murmullo, sinfonía de rumores diversos que desde el alba anunciaba diariamente la renovación de la actividad.

La paralización del trabajo, que el día anterior había sido espontánea y se había efectuado al azar de las iniciativas y de los impulsos particulares, se regularizaba y generalizaba con un método que denotaba la influencia de las decisiones sindicales.

La indignación popular, exaltada en sumo grado, contribuyó a la aceleración del movimiento. El pueblo se sintió poseído de tan profundo sentimiento de piedad por las vícti-

mas del Poder, y fué tan intensa su cólera que se lanzó a la huelga con ánimo y satisfacción.

No se ocultaba a los trabajadores las penalidades que se preparaban para las familias con la falta del jornal; pero se lanzaron a la aventura con valerosa decisión, dispuestos a sufrir estoicamente las vicisitudes que acompañarían a los acontecimientos en que iban a ser protagonistas.

Los privilegiados veían con menos serenidad apuntar el conflicto: sin humor combativo que les impulsara ni ideal generoso que les guiara, pensando sólo en gozar sin tregua, veían en aquella huelga que les amenazaba una perturbación en su existencia, en sus costumbres, en sus placeres.

Para ellos, salvo el caso de afectar directamente a sus intereses particulares, los conflictos sociales se apreciaban, no por su importancia positiva, sino según las molestias que les ocasionaban: una huelga de músicos que les privara de una representación teatral, o la de unos mozos de cuadra que desequilibrara sus apuestas en las corridas de caballos, tomaba proporciones más graves que una huelga de dockers que inmovilizara el tráfico de un gran puerto.

Concíbese que les trastornara la perspectiva de una huelga total...

Sin embargo, al amanecer recibieron una impresión agradable: los diarios se habían publicado, si bien con la advertencia de no saber si podrían publicarse el día siguiente, porque para su personal obrero la huelga era cuestión de horas... No importa, pensaban; aquella publicación con que ya no contaban era un excelente augurio.

No duró mucho la alegría; un nuevo espectáculo les arredró: los faroles del alumbrado público lucían como a media noche. Los gasis-tas, por primera vez durante su vida profesional, dormían a pierna suelta a la salida del sol.

Aparte de eso; los motivos de admiración y espanto abundaban extraordinariamente, tomándolos cada uno según su humor y sus circunstancias especiales: unos temblaban ante la gravedad trágica de los acontecimientos; otros se burlaban.

El metro no funcionaba ya. Sin embargo, aquella empresa estaba servida por un personal prudente y reposado. Los revolucionarios, con amarga ironía, decían que los riesgos de enfermar, que allí eran considerables (la tuberculosis causaba estragos en el túnel), contribuían,

junto con la modicidad de los salarios, a la docilidad y al servilismo de aquel personal. Habíase constituido allí un sindicato amarillo que, con el beneplácito de la compañía, funcionaba casi solo, mientras el sindicato rojo era casi un esqueleto. Sin embargo, el metro no funcionaba!

Por la mañana, cuando el personal fiel quiso poner los trenes en servicio, no pudo por falta de corriente, porque durante la noche no faltó quien se dedicó a una eficaz operación de aflojar tornillos, y como consecuencia impidió la circulación de la fuerza eléctrica por los cables. Además, las fábricas generatrices dormían: cuando los equipos de amarillos quisieron poner en marcha los potentes dinamos se tropezó con un enorme sabotaje; se había recurrido al polvo de esmeril; se habían desconcertado ciertos aparatos, otros se habían puesto en corto circuito...

Se había operado tan eficazmente, que reponer los dinamos en funciones era, si no imposible, peligroso. Ni siquiera se intentó, dominando la idea de reparar los daños causados.

No circulaban autobus ni tranvías. El sindicato correspondiente celebró durante la noche reuniones en varios distritos, en las cuales se acordó la inmediata suspensión del trabajo. A los depósitos donde se verifican las primeras

salidas acudieron algunos empleados, pero a las puertas se situó una multitud animada, dispuesta a impedir la salida de los coches si acaso lo hubieran intentado algunos amarillos.

No había tenido lugar la circulación de los carros de la leche; se echaba de menos el traqueteo de las latas rimado con el ruido del arrastre, sentido diariamente en la hora gris que precede a la luz solar. El sindicato lo había acordado así el día anterior, y los empleados de las compañías, lo mismo que los de los patronos aislados, no se presentaron a cumplir su tarea diaria.

Además, los barrios aristocráticos y comerciales disfrutaban de un boicote desagradable y mal oliente: las aceras se hallaban obstruidas por los montones de basura, mientras en los barrios obreros se había efectuado la limpieza y el riego como cada día.

Esa preferencia en los barrios donde habían de sentirse más penosamente los efectos de la huelga, fué adoptada por diversas corporaciones, demostrando así que los trabajadores sabían unir, a una concepción clara de la lucha de clases, el tacto compatible con las circunstancias.

La huelga general tenía por objeto demostrar la potencia de acción disolvente de la clase obrera y, aparte de esa manifestación moral,

atacar materialmente a sus adversarios, molestandoles en sus necesidades y en sus placeres.

Cuando, por efecto de la complicación social, era difícil a los trabajadores molestar a sus enemigos sin perjudicarse ellos mismos de rechazo, aceptaban la fatalidad con paciencia y buena voluntad; por eso mismo, y en justa compensación, no tenían escrúpulo en evitarse esa repercusión cuando era posible sin poner en peligro el principio de la huelga general. A esa idea se sometían los trabajadores que, por cordial compañerismo (los barreneros y otros), se esforzaban en atenuar en los barrios obreros los inconvenientes de la suspensión del trabajo.

Esa clarividencia del acuerdo necesario entre hermanos de clase, brotando espontánea en pleno conflicto, era un síntoma de la orientación que iba a tomar la huelga general: a su fase, primeramente disolvente y unilateral, iba a suceder otra fase de solidaridad efectiva, de reconstitución social.

Por el momento, el alcance del conflicto, todavía en su principio, consistía en la demostración de la omnipotencia de la clase obrera, manifestada por un acto negativo: la inmovilidad aplicada a la incansable actividad.

Y esa inmovilidad se extendía por contacto inmediato.

En las tahonas empezaba a faltar el pan: los tahoneros en gran número habían abandonado el trabajo; y los patronos, empeñados en salir adelante, habían echado mano a la masa; pero en muchos hornos, los obreros que ya habían luchado en huelgas anteriores y tenían experiencia, cuidaron, antes de abandonar el trabajo, de inutilizar temporalmente los hornos, sin deteriorarlos ni echar en ellos productos nocivos. Como resultado muchos patronos se hallaron atascados.

En las carnicerías no era todavía sensible la escasez de carne; la huelga sólo era sensible por la falta de personal, por haberse despojado del delantal gran número de mozos carniceros.

En las tiendas de comestibles y en los grandes bazares de la alimentación, el mismo marasmo: un personal restringido desempañaba el servicio.

En el mercado central no tuvo la densidad habitual la aglomeración de la mañana. Hubo calma en lugar de los encontrones y apreturas de cada día. Muy pocos verduleros de las inmediaciones se habían aventurado a presentarse, la mayor parte se abstuvieron por temor; de modo que si no hubiera sido por las expe-

diciones de provincias que todavía aflúan, el mercado hubiera tenido pobrísimo aspecto.

La misma insuficiencia repercutió en todos los barrios; los puestos de verduras y legumbres presentaron escasísimo surtido.

Desde el primer día de la huelga sintióse una penuria sintomática en el tráfico principal, en el que más directamente afecta a la vida, en el comercio de la alimentación. Y como el asunto del vientre domina imperiosamente, ese signo precursor de una posible carencia absoluta no podía menos de excitar inquietudes y aumentar la angustia general.

Esa perturbación, manifestada ante la actitud negativa apenas bosquejada de la clase obrera, era una afirmación demostrativa de su fuerza. El proletario era, pues, el impulsor de la sociedad: era el buey que, con la cabeza sometida al yugo y siempre inclinada hacia la tierra, abría constantemente el surco y le fecundaba con su sudor.

Pero he aquí que el buey, cansado de sufrir el aguijón, se planta, se afirma sobre la tierra fresca y levantando la cabeza sondea el porvenir. ¿Qué sucedería? Después de haber probado que él es el firme y buen obrero social, que sin él no saldrían del campo más que

espinas y abrojos, que sin él todo es nada, ¿tendría la audacia de querer ser todo?

Por el momento se atenía a la resistencia pasiva.

En los barrios industriales, en los arrabales y en las afueras los talleres estaban desiertos, y en las fábricas dominaba el más absoluto silencio.

En el Marais, en el arrabal del Temple y en los barrios adyacentes, donde abundan las industrias de arte y los numerosos oficios de los artículos de París, que recuerdan la antigua clase de los artesanos, los talleres de cinceladores, joyeros, montadores en bronce, etc., etc., estaban desocupados. Vacías estaban también en las calles y plazas que bordean el arrabal Antonio, los talleres de ebanistería.

En el barrio de San Marcelo, en las márgenes del Bievre, los curtidores habían abandonado el trabajo. Así mismo, en la Glaciere, los obreros de las fábricas de calzado, de las fundiciones, etc.

En Pantin, en Aubervilliers, las fábricas de productos químicos, las jabonerías y la manufactura de cerillas holgaban, lo mismo que las obras de construcción y los numerosos presidios industriales de San Dionisio, donde se marchita una población inmigrada principalmente de Bretaña. En Ivry y en Batigno-

lles, los herreros reposaban, lo mismo que los blanqueadores de Boulogne y de Arcueil, y los obreros del automóvil de Levallois y de Puteaux.

¡En todas partes, en todas! En todas las obras, en todas las fábricas, en todos los talleres; la paralización de la fiebre sucedía a la fiebre de la producción.

Los obreros se cruzaban de brazos.

Sin embargo, esa unánime suspensión del trabajo no se había realizado en todos los puntos con perfecta espontaneidad. En diferentes ocasiones hubo de recurrirse a lo opuesto al *compelle intrare* del Evangelio: en vez de obligar a entrar a los que se resistían, hubo necesidad de impulsar a los recalcitrantes hacia la puerta, obligándoles a salir.

La operación se efectuaba con mansedumbre: los sindicatos habían movilizad^o delegados con la misión de asegurarse de que la decisión de la huelga se generalizaba. Aquellos compañeros servían de centro a los grupos de huelguistas que circulaban por los barrios, asegurándose de que la paralización era completa en fábricas y talleres.

Donde el trabajo no se había suspendido los manifestantes entraban por asalto, desviaban las correas, volvían los conmutadores, soltaban el vapor, apagaban los fuegos... Ter-

minadas esas precauciones preliminares, censuraban la insolidaridad de los inconscientes, esforzándose por hacerles comprender los deberes del compañerismo y el daño que a sí mismos se causaban con aquella traición a la causa obrera. La conclusión, tras aquel breve curso de moral sindical, era empujarles hacia la calle: — «Fuera; fuera todo el mundo!»

A veces, las comisiones de huelguistas tropezaban con tentativas de resistencia: contra-maestres celosos, patronos soberbios y obreros rutinarios e inconscientes se interponían, tratando de rechazar los huelguistas. Como resultado había voces, injurias y amenazas: llegado este caso, si uno de los campeones del orden echaba mano al revólver contra los invasores, pronto quedaba fuera de combate y desarmado.

Sin embargo, si algunos de estos accidentes acabaron trágicamente, fué un corto número. Cuando los patronos avisaban a las autoridades, éstas, en vista de numerosas demandas de socorro, no sabían qué decir, qué prometer ni adónde acudir, no pudiendo enviar a cien puntos diversos igualmente amenazados agentes o soldados.

Las medidas previas de protección resultaron insuficientes e ineficaces. Patrullas de caballería circulaban por las calles, había pique-

tes de soldados en los puntos estratégicos; pero las comisiones de huelguistas, que como elemento desencadenado pasaban como ciclones, evitaban las emboscadas y no chocaban contra las patrullas. En el momento preciso se replegaban, oblicuaban a izquierda o derecha, o se disolvían para rehacerse después. No haciendo frente a la fuerza armada, negándose a la batalla, se reservaban para operar en otros puntos.

En aquel juego enervante las tropas gubernamentales se agotaban, cansándose por aquellas marchas y contra-marchas, inútiles y vanas, que ejecutaban a cada momento, llegando siempre tarde a los puntos que tenían orden de defender, donde sólo llegaban a punto de ver las desastrosas huellas del paso de los huelguistas.

Estos tenían en su favor la superioridad de la iniciativa y de la espontaneidad; sabían dar a sus actos aquella sorpresa favorable al éxito.

Nada de repetición monótona ni actos idénticos. Para variar sus operaciones no tenían escrúpulo, al salir de una fábrica, en entrar en un bazar o en un almacén de novedades, haciendo irrupción por todas las entradas a la vez; recorrían todas las galerías, llevando por delante los empleados que aun trabajaban.

Su desconsideración hacia las mercancías expuestas en los mostradores era tan completa, que por temor a mayores perjuicios, los directores se apresuraban a dar libertad al personal y a dar orden que se cerraran los escaparates.

Y esas multitudes de obreros y de empleados, sueltos y mezclados en la circulación de París, aportaban un aumento de fermentación.

Mientras unos, timoratos y familiares, se apartaban del tumulto y se metían en sus casas, otros se dejaban arrastrar por la corriente; éstos se mezclaban a los huelguistas, a los manifestantes; primero por simple curiosidad; después, dominados por la fiebre de la calle, no eran los menos entusiastas, haciendo coro con los compañeros.

Entre los diversos espectáculos que la gran ciudad ofrecía aquel día — espectáculos en que la comedia se amalgamaba con el drama —, hubo uno que no carecía de color. Tuvo por escena, entre doce y una del día, las calles inmediatas a la Magdalena y a la Opera.

A la hora de comer, las obreras, algo tímidas, pero muy curiosas y deseosas de ver lo que ocurría, salieron de sus talleres, animándose unas a otras. Los restaurants, ordinariamente animados y alegres, estaban casi desiertos y semi-silenciosos; las conversaciones se sostenían

en voz baja, y el servicio, muy incompleto, era restringido e insuficiente.

El momento se juzgó oportuno por los huelguistas de la costura, principalmente los sastres, para hacer causa común con el conjunto de los obreros.

Las tentativas efectuadas en aquellos sitios por la mañana habían fracasado, debido al despliegue de fuerzas policíacas y militares, que desde la calle de la Paz al bulevard Malesherbes era muy compacto y formaba un gran obstáculo. Después, aquellos huelguistas, muy al corriente de las costumbres del barrio, aprovechaban los minutos de espera a la entrada de los talleres, mezclándose en los grupos de obreras para hacer propaganda, induciéndoles a gritar: «¡Viva la huelga!»

Las autoridades se espantaron ante aquellos clamores—semi-rebeldes, semi-burlescos. Quisieron reprimirlos; pero fué peor, porque lo que al principio se tomó a broma acabó por tomarse en serio, y en poco tiempo la calle de la Paz se vió llena de una multitud, en gran parte femenina que, irritada y furiosa, no quería volver al trabajo.

Contra aquella multitud, más exuberante que belicosa y que como armas sólo hubiera podido esgrimir ligeros paraguas, los oficiales de policía tuvieron la imprudencia de emplear

la violencia, ordenando dar una carga con los puños amenazadores. Los hombres hicieron frente al ataque, protegiendo a las mujeres lo mejor que pudieron, aunque sólo lo lograron en parte.

Aquello fué un ataque brutal. Mujeres y jovencillas rodaron por el suelo atropelladas, pisoteadas; otras espantadas ante la salvaje agresión, sufrieron ataques nerviosos por efecto del terror. Por todas partes resonaban gritos de espanto, de angustia y de dolor.

De la calle de la Paz se propagó el pánico a las calles inmediatas. Un rumor creciente se extendió llevando a toda la ciudad la indignación contra la brutalidad policíaca.

No se necesitó más para que los talleres en que continuaba el trabajo se vaciasen en tumulto, a pesar del empeño de los patronos que querían retener sus obreros e intentaban carrar las puertas para impedir la salida.

Las obreras, indignadas y coléricas, se dispersaron como una bandada de pájaros, dirigiéndose a sus barrios respectivos.

El relato de los acontecimientos de que habían sido heroínas y víctimas dió un motivo más a la causa de la sobreexcitación popular.

Como se ve, la fermentación empezaba, no sólo por efecto de la huelga, acelerada por la

agitación de los manifestantes, sino también por las medidas gubernamentales para contener la crisis.

Todo concurría a dar a París el aspecto de una ciudad rebelde, y las pulsaciones de su vasto organismo de trabajo se iban paralizando, acercándose cada vez más a la paralización total.

CAPITULO IV

¡Háganse las tinieblas!

¿Qué harían los obreros del gas? ¿Y los de la electricidad?

Respecto de los electricistas, no había duda, ya estaban probados. Se podía contar con que participarían del movimiento.

El gobierno tenía de ello la seguridad; pero estaba tranquilo porque pensaba poner remedio. Las huelgas bruscas de 1907 y 1908 le habían hecho previsor. Aquellas privaciones instantáneas de luz que entonces se produjeron emocionaron profundamente la población; aquellas extinciones de electricidad que ocurrieron sin que ningún síntoma las anunciara, desconcertaban la opinión pública, influyendo en ella desagradablemente, dando a la multitud la sensación de un derrumbamiento del poder.

Por esa causa, las autoridades habían tomado serias precauciones para evitar la reproduc-